

HACIA UNA ANTROPOLOGIA IMPLICADA: UNA PROPUESTA DE DISCUSIÓN.

MANUEL ORTIZ MATEOS.
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

PRESENTACIÓN

Esta comunicación surge no tanto de un trabajo de campo etnográfico, ni de un análisis antropológico serio de una situación concreta, como de unas comeduras de cabeza personales, que me llevan incluso a dudar de la antropología como conocimiento válido.

Pienso que este puede ser un foro adecuado para discutir este tema, ya que pese a pertenecer como estudiantes al ámbito académico, aun no tenemos porqué defender sus directrices, aun sufrimos algunas de sus constricciones y como estudiantes, inmaduros todavía, podemos decir cosas que se salgan de madre.

Intento plantear aquí el problema de la intervención del antropólogo o la antropóloga en los asuntos de las comunidades donde investiga. Problema que se nos plantea desde la academia como ético y que yo considero más de tipo político (Quizá todavía crea en la capacidad de las personas para cambiar lo que no nos gusta).

ESTAR DENTRO, ESTAR FUERA

Un tema recurrente al hablar de etnografía es la metáfora del "pie dentro, pie fuera", situación intermedia, casi esquizofrénica que implica constantes desplazamientos mentales (observador /a-participante) y físicos (mesa-campo) por parte del investigador o la investigadora de campo.

El desplazamiento mental parece fácil, al menos cuando el desplazamiento físico es

perceptible, cuando la propia distancia del campo (distancia física y cultural) nos obliga a cambiar de puntos de vista, a aprender otras formas de ver las cosas, a participar de alguna manera si pretendemos adaptarnos a la nueva situación que se nos plantea, si no ya para conocerla desde dentro, por lo menos para poder dialogar con los y las que ya tienen un conocimiento de ésta. La dificultad estaría cuando el etnógrafo o la etnógrafa tienen un conocimiento interno, cuando no hay desplazamiento físico o es tan escaso que no somos conscientes de él. Éste es el caso de los y las que, por una u otra razón, hacemos "antropología en casa", "antropología del aquí" opuesta a la del "afuera" (Augé, 1993). Muchas veces no sentimos tan necesario el desplazamiento mental, muchos hechos los hemos asimilado como normales, incluso naturales, lo que nos puede llevar a pasar por alto acciones que en otro campo hubiésemos cuestionado, descompuesto, observado, recompuesto, relacionado y contextualizado.

El antropólogo y la antropóloga que hacen etnografía en su sociedad, en el mundo en el cual han sido socializados, están de alguna manera implicados en las relaciones que allí se producen. Es categorizado o categorizada por el resto de la gente con la que interactúa a la vez que categoriza a esa gente, es decir, reconoce a los y las demás en sus posiciones sociales y puede situarse a sí mismo en ese sistema de relaciones. Más cuando además de investigar en su sociedad lo hace en instituciones concretas donde ocupa un lugar definido, instituido. Cuando además de etnógrafo o etnógrafa es maestro o maestra, estudiante, profesor...

La etnografía de lo exótico, del afuera, hoy día no es tan diferente en este sentido. Si bien es cierto que el objeto empírico de la investigación, el grupo humano elegido, es nuevo para el o la antropóloga de campo ¿qué pueblo exótico no ha tenido su antropólogo? Hay grupos donde la presencia de personal investigador es una constante, al menos lo fue. Vine Deloria JR., escritor dakota de Standing Rock, dedica un capítulo entero a los antropólogos donde, entre otras cosas explica cómo identificarlos:

"Meteos en cualquier multitud. Escoged a un individuo blanco, alto y descarnado, con pantalones cortos Bermudas, una chaqueta de aviador de la Segunda Guerra Mundial, un sombrero de la estepa australiana y cargado con una enorme mochila mal atada a las espaldas. Con él, invariablemente, va una esposa atractiva y delgada con pelo liso, un índice de inteligencia del 191 y un vocabulario en el que incluso las preposiciones tienen once sílabas. (...) Tal criatura es un antropólogo." (Deloria, 1975:92)

Claro que en este sentido es más difícil que el investigador o la investigadora se sientan implicados a priori en las relaciones del grupo en el que trabajan. El lugar en el espacio social puede venirle dado, pero le costará identificar el resto de posiciones. Esto no impide que con el tiempo pase a ser uno o una más en el grupo sobre el que trabaja. Que ese grupo pase a ser un "grupo con etnógrafo", lo que implica tener en cuenta una variable más en el proceso de investigación.

En ambos casos se nos impone como necesaria la imagen del "pie dentro-pie fuera", tenemos que evitar constantemente esa implicación en favor de una supuesta verdad objetiva. Como si la presencia misma de la investigadora o el investigador no formase parte de esa realidad que

se pretende describir. Y con esto no me gustaría parafrasear a los antropólogos conocidos como "posmodernos" que pese a su crítica, bastante necesaria desde mi punto de vista, a las relaciones políticas que hacían posible una etnografía de corte malinowskiano, no toman una postura clara respecto a las que posibilitan la extensión de su crítica.

Sobre este tema sólo me gustaría resaltar que hace ya algunos años, cuando empezaba con esto de la antropología, me recomendaron el citado libro de Deloria, especialmente el capítulo dedicado a "los antropólogos y otros amigos"(1975, 1991: 114), nadie volvió a hablarme de él en un tiempo, pero sí de Clifford, de Marcus, de Geertz, de Tyler etc. Y curiosamente no dicen mucho más de los antropólogos que Vine Deloria JR., eso sí, de una forma menos humorística y más pedantemente enrevesada. Lo que llevo un tiempo preguntándome es ¿por qué tengo que tragar con los posmodernos y nadie recomienda a Deloria? Sencillamente creo que se debe a que las relaciones de poder no han cambiado tanto como algunos antropólogos dicen. Más o menos científica la antropología es antropología, es saber, conocimiento sancionado desde el poder y sus instituciones, Deloria es un indio, abogado (quizá esto sea lo que le permite escribir libros) y dirigente pero indio al fin y al cabo.

PARTICIPACIÓN E IMPLICACIÓN

Volviendo al dentro y fuera, a la dialéctica observación-participación que caracteriza la investigación etnográfica, cabe preguntarse por el punto de equilibrio entre estos dos términos. Anguera (1995: 76-78) distingue cuatro niveles de participación en lo que a observación participante

se refiere, entre los que habría que destacar el que llama "observación participante propiamente dicha", es decir, la observación participante clásica o de toda la vida, y el nivel de "participación-observación", cuya principal diferencia está en el tipo de sesgo que se introduce. En este último nivel, es posible que aparezca un "sesgo de expectativa". La participación-observación viene a ser un salir fuera sin dejar de estar dentro. El sesgo de expectativa no es más que la conciencia de grupo, de ser parte del grupo y, de este modo, participar, como antropólogo en el grupo, pero compartiendo intereses. Se trata en cierta manera de ser conscientes de la implicación.

En el caso de los que investigamos en grupos donde de alguna manera somos miembros esa conciencia viene ya dada. La lucha es por evitarla para lograr un análisis objetivo. Ello implicaría la no intervención en conflictos que nos afectarían, la ausencia en la toma de decisiones, en suma, la no participación plena, un alejamiento de nuestra propia realidad.

La implicación se hace aún más evidente cuando pensamos en los procesos de globalización, que lejos de establecer un cambio de relaciones lo único que implica es un cambio de escala en esas relaciones. "La información circula libremente y llega a todos los rincones" es ya una frase hecha, pero ¿tenemos todos y todas acceso a tal información? Cierto es que no podemos concebir grupos aislados, fuera de unas relaciones socioeconómicas globales, incluso los grupos amazónicos en "aislamiento voluntario" dependen de políticas estatales de demarcación territorial para sobrevivir en un mundo aislado (Ortiz, 1997). Así, como miembros de una sociedad global, como colectivo humano relacionado con el resto de la humanidad participamos, de una forma más o menos consciente, en el sistema de relaciones

sociales. Como antropólogos y antropólogas, ocupamos un lugar en el espacio social total. Otro tema sería conocer ese lugar antes que negarlo, saber donde estamos.

Otro lugar común, donde la conciencia de implicación se hace evidente, es el de la llamada antropología aplicada. Muchas y muchos de nosotros nos hemos preocupado alguna vez, de que lo que hacemos sirva para algo, es decir, que el conocimiento antropológico no sea un conocimiento inútil. Quizá nunca haya sido así, la antropología siempre ha sido un conocimiento si no aplicado, sí aplicable. Deloria decía que "detrás de cada directiva política y de cada programa, -de que los indios están plagados- si se siguen sus orígenes hay un antropólogo." (1975: 94) Claro que siempre quedará la distinción entre antropología pura o teórica y antropología aplicada que el mismo autor diferencia tan sólo en "las notas de pie de página. La Pura tiene más, la Aplicada tiene pocas." Yo personalmente las distingo según su nivel de abstracción teórica, según su posibilidad de aplicación práctica.

En este sentido de la aplicabilidad cabría distinguir dos tipos de investigaciones, la aplicada propiamente dicha, dónde el o la investigadora son los propios agentes de la aplicación. Y la aplicable dónde un informe etnográfico permitirá algún tipo de actuación por parte de otras instituciones. Ambas tienen su origen en una solicitud de análisis y resolución de un problema o la prevención de uno posible. Este tipo de investigaciones ha seguido tres derroteros principalmente. Por un lado el de la empresa privada, poniéndose al servicio del empresario en cuestiones referentes a aumentar la productividad o mejorar las ventas. Por otro la administración pública. Y por último se ha aprovechado el hueco

abierto por las ONGs dedicadas a la cooperación internacional, para además de conocer otros pueblos, ayudar. En el caso de la empresa el papel de la antropología está claro, su lugar queda bien definido. Es más dudoso el caso de la ONG, donde no se sabe si se está cooperando con el desarrollo de los pueblos "atendidos" o con las agencias estatales de cooperación internacional.

HACIA UNA ANTROPOLOGÍA IMPLICADA

Llego así al problema fundamental que de un tiempo a esta parte me trae de cabeza. Si la implicación es un hecho tenemos que rechazar esa idea de asepsia y desvinculación de la ciencia y de la antropología como ciencia, Estamos dentro de procesos sociales de producción y reproducción simbólica. Podemos tener conciencia de que de uno u otro modo estamos implicados, pero ¿hasta donde llega esa implicación? Luisa Abad (1990: 21) proponía una "antropología del compromiso o militante" que "sería el resultado de dar la vuelta a la tortilla que se cocina actualmente en la Universidad (...) hacer verdadero trabajo de campo-colaboración con los hombres y mujeres a los que ahora estudian..." "Se trata de un caso claro de conciencia de la implicación, y desde allí una toma de postura, una práctica etnográfica concreta.

Pero este caso no es el más común en nuestra disciplina. Pese al bofetón posmoderno, se siguen haciendo estudios de comunidades para calcular su posible resistencia al traslado para la construcción de una presa en sus tierras. Se pagan estudios orientados a la integración cultural de emigrantes o minorías étnicas, y se realizan sin pensar qué significa tal integración.

El problema creo que tiene que ver con el que planteaba Aitzpea Leizaola (1997) en el V congreso internacional de estudiantes de antropología acerca de las "fronteras de los antropólogos", fronteras ya no sólo territoriales en un sentido físico, sino fronteras intelectuales que nos delimitan hasta dónde podemos llegar, que nos definen nuestros objetos, nuestros problemas. El Estado y su razón como monopolio de los social, a través de sus instituciones, entre ellas las universidades donde nos "formamos", las subvenciones y ayudas a la investigación que otorga etc., nos plantea sus problemas como problemas sociales, asumiéndolos como problemas sociológicos o antropológicos. "El pensamiento del pensador funcionario está completamente dominado por la representación oficial de lo oficial" (Bourdieu, 1997: 95) y la antropología, adscrita a los centros de poder simbólicos que son las universidades y fundaciones investigadoras, no es más que pensamiento funcional en este sentido. Está dentro del juego y lucha de fuerzas de las relaciones sociales a muy diversas escalas.

Es curioso, por ejemplo, que en una reunión de jefes de Estado en los que coinciden un presidente occidental y otro de un país productor de coca, el primero plantee el problema del narcotráfico como un problema común. Incluso algunos gobiernos donde la producción de esta planta para la exportación está salvando a poblaciones enteras del hambre, incluso ayudando a paliar la deuda externa estatal, reconocen como suyo el problema y lo combaten con todos los medios a su alcance.

Algo similar ocurre con la antropología aplicada, que lejos de trabajar con los hombres y mujeres que estudian, trabajan supuestamente para ellos. Se trabaja para paliar la marginación desde la representación oficial de la marginación,

no se trata de cambiar las condiciones que producen esa marginación, sino a las y los que son llamados marginales. El problema que hacemos nuestro objeto de análisis e intervención siempre es aquello que es problema oficial, el grupo marginal, el margen oficial, nunca el centro desde el cual se margina.

Una antropología implicada debería ser consciente desde sus agentes de la posición que ocupan en un sistema global de relaciones. La intervención del antropólogo o la antropóloga de campo en los procesos que estudia, habitualmente se rechaza desde un academicismo al servicio del poder que lo sustenta. Se reniega de este modo de una posible contribución al cambio en las estructuras sociales, que no son todo lo buenas que muchos podríamos desear, por mucho que nos permitan tener un lugar privilegiado como antropólogos y antropólogas.

Si bien tengo claro que la antropología ha de ser implicada para ser algo, lo que no sé aun es cómo llegar a hacer análisis antropológicos realmente implicados, desde una conciencia de la posición adquirida en el sistema. Cómo escapar a las fronteras impuestas sin dejar con ello de hacer antropología. Quizá haya que aprender a moverse dentro de tales fronteras. No puedo ofrecer una respuesta clara pero sí espero que podamos al menos hablar de ello, así como de aquello que a lo largo del discurso se ha quedado abierto.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, Luisa 1990. "Antropología, derechos humanos y la celebración del V Centenario" *Indigenismo, boletín del Seminario Español de Estudios Indigenistas*. Nº9. Madrid: SEEI e ICI. Pp. 21-23.
- ANGUERA, M^a Teresa 1995. "La observación participante" en *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*. A. Aguirre (Ed.) Barcelona: Marcombo.
- AUGÉ, Marc 1993. *Los "no lugares". Espacios de anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- BOURDIEU, Pierre 1997. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- DELORIA JR., Vine 1975. *El General Custer murió por vuestros pecados. Un manifiesto indio*. Barcelona: Barral.
- LEIZAOLA, Aitzpea 1997. "Arboles, bosques y jardines: las fronteras de los antropólogos" en *Actas do V Congreso Internacional de Estudiantes de Antropología*. Santiago de Compostela. Pp: 225-230.
- ORTIZ, Manuel 1997. "Madre de Dios (Perú): Pueblos indígenas en aislamiento voluntario" en *El premio Bartolomé de las Casas: Un reconocimiento a los Pueblos Indígenas Americanos*. Madrid: WATU/SECIPI. Pp:23-27. (Retirado de la circulación por orden de SECIPI)